

FAMILIAS MEDIÁTICAS, UNA APROXIMACIÓN A LAS TRANSFORMACIONES EN LA CLASE MEDIA

Mtro. Luis Alfonso Guadarrama Rico
 Universidad Autónoma
 del Estado de México
lagr@uaemex.mx

Introducción

En este trabajo se presentan los resultados en torno a la forma en que se articulan, en la casa, la rutinas de nueve familias que fueron estudiadas mediante un proceso de documentación construido a través de la mirada de un informante clave, mismo que pertenecía a su propio sistema familiar¹. La base teórica y metodológica estuvo orientada, en primer término, por una serie de trabajos antecedentes que se han desarrollado para tratar de comprender cómo se vinculan las familias con los contenidos de los medios de comunicación (Guadarrama, 1996, 1997, 1998^a, 1998^b, 1999, 2000^a, 2000^b, 2001^a; Vilchis, 1998; Acosta y López, 2000; García y Martínez, 2000) y, en segundo lugar, en el entendido de que para avanzar en nuestra comprensión sobre el fenómeno que nos ocupa, es indispensable incorporar la perspectiva de género, en tanto que, como lo señalan varias/os autoras/es, esta categoría opera como mediadora entre otros conceptos o teorías y contribuye a entender de mejor manera cómo se recrean, tensan, modifican y emergen las interacciones prácticas y simbólicas entre mujeres y hombres (González, 1993; Lamas, 1996; Ravelo, 1996).

¹ Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación más amplio denominado "Familias Mediáticas", mismo que ha sido financiado por la Universidad Autónoma del Estado de México. Asimismo, constituye parte de los esfuerzos que se hacen en la Red Iberoamericana de Investigación en Familia y Medios de Comunicación (FAMECOM).

La investigación que se expone de manera muy sucinta se planteó las siguientes interrogantes centrales:

¿Cuál es el perfil que muestran las familias de clase media, de cara a los vínculos que mantienen con los medios de comunicación? ¿Cuáles son las nuevas identidades de género que se entretajan al interior de las familias de clase media y cómo se vinculan con la interacción mediática?

Ejes teóricos

Para responder las tres interrogantes se partió, centralmente, de tres categorías analíticas: género, familia y casa. Por razones de espacio, haré una apretada referencia conceptual a cada una, con el propósito de esclarecer los puntos de partida que orientaron la metodología aplicada.

Familia vs familias

Como categoría teórica, la familia también representa una dificultad para acometer trabajos de investigación pues hoy se prefiere el uso del plural (familias), en tanto se asume que coexisten muchos tipos, tanto en su estructura como en su dinámica y, más aun, cuando se trata de estudiar trayectorias familiares de diversa índole (Guadarrama, 2000^a).

La mayoría de las personas, al aludir o pensar en el mundo familiar, regularmente hacen referencia explícita o implícita a la estructura conyugal, nuclear y heterosexual, es decir, a la composición de sistemas familiares constituidos por la madre, el padre y sus respectivos hijos². Pero debemos decir que no existe un modelo de familia mejor que otro, pese a que desde la segunda mitad del siglo XX, en gran parte del mundo occidental nos han tratado de convencer que la familia "perfecta" es aquella en la que la pareja fundante concibe y da crianza a los hijos

² Como lo señala el mismo David Cheal, la familia conyugal, está fundada en las relaciones de matrimonio en las que el vínculo entre la pareja ocupa un lugar central y de allí se desgranar las estrechas relaciones entre el padre, la madre y los hijos. Paralelamente, se denomina nuclear, en tanto hace alusión a un grupo social mínimo que es plenamente correspondiente, según hipotetizó Goode, con las necesidades de alta movilidad laboral que exige una organización industrial (Cheal, 1997).

propios, hasta que estos se marchan para dar inicio, como buenos vástagos, a la fundación de otra familia nuclear.

Se trata, como diría, David Cheal, de una concepción basada en la teoría estándar de la familia que existía en los años 50, en la que se concebía a ésta como la unidad de adaptación que mediaba entre el individuo y la sociedad (Cheal, 1997). Pero, amén de una serie de transformaciones socioculturales que se vivieron durante los años 60 y 70, la sociología de la familia tuvo una fuerte sacudida en la que precisamente las contribuciones del feminismo jugaron un papel muy importante para poner en tela de juicio una serie de problemas privados de la mujer, incluyendo la violencia doméstica, el cuidado de los niños y las dificultades económicas de la esposa dependiente (Cheal, 1997: 46).

Poco después harían su aparición contribuciones más amplias, centralmente impulsadas tanto por transformaciones demográficas, educativas, laborales, legislativas y de políticas de salud pública como por las aportaciones sobre el tema de la familia, venidas de la antropología, la historia, el psicoanálisis y los estudios de género. Sin embargo, todavía flota en el discurso y la visión de muchas personas la idea de que la familia ha de responder cabalmente a la estructura conyugal nuclear y heterosexual.

Pocas veces nos percatamos que las estadísticas de los países dejan en evidencia que se han estado formado otras tipologías de familias y que —como todas— tienen desafíos, problemas, inconveniencias y sus respectivas satisfacciones. Sobre esta línea, baste recordar que en los medios urbanos la mayor parte de los y las jóvenes han empezado a posponer la fundación de la pareja, e incluso están optando por uniones consensuales (unión libre), como medida de ensayo para luego decidir si han de contraer nupcias por vía civil y/o religiosa.

En consecuencia, el tamaño de las familias ha registrado cambios muy importantes. En la mayor parte de las ciudades de Latinoamérica, una gran proporción de familias están sobre la base de dos hijos, en promedio (CEPAL, 1997). Esta característica la compartimos con muchos países desarrollados como Gran Bretaña, Austria, Suecia y Noruega, entre otros (Castells, 1999). El control sobre los índices de fecundidad que muestra la población, también ha tenido relación con mayores

niveles educativos e ingreso al mercado laboral por parte de las mujeres; amén de una sostenida política pública de planificación familiar³ y de un considerable empobrecimiento de la capacidad adquisitiva.

Una vez que ello sucede, sobre todo en los medios urbanos y en clases sociales medias y altas, pasan algunos años antes de plantearse la necesidad de concebir al primer hijo⁴. Estas nuevas pautas culturales en la gestación y desarrollo de las familias, ha generado, en principio un doble movimiento. Por un lado, las relaciones de género se han visto modificadas pues el viejo esquema en el que la mujer estaba cuasi-atrapada en la gestación y la crianza y el masculino en el papel de proveedor económico, ha tenido que ser reconfigurado, no sin tensiones tanto intrafamiliar como extrafamiliares.

Por otro, como lo menciona Lluís Flaquer, está colocando a los hijos en un esquema de racionalización tal que empiezan a operar en la misma categoría que la adquisición de una casa o de un coche (Flaquer, 1998). A este respecto, es relativamente frecuente escuchar a jóvenes parejas de clase media y alta, comentar sobre la "conveniencia" de un primer o segundo hijo/a, frente a los gastos que también implicaría el enganche o apartado de un inmueble o de un automóvil. Así, en función de estos "análisis", la pareja llega a una u otra decisión.

En otras palabras, en algunas trayectorias familiares el ángulo de la maternidad y la paternidad como elementos articuladores del género gravitan con otras significaciones y temporalidades, dando lugar a una atmósfera de tensiones y acomodos que distan

³ Es importante subrayar que los logros de la planificación familiar han estado sustentados, mayoritariamente, en la ingesta de pastillas anticonceptivas y en la aplicación de la salpingoclasia, condición que a largo plazo merma la salud de las mujeres. Debido a ello, hay autores que ponen de relieve el hecho de que la llamada "liberación femenina" (aludiendo al rompimiento del círculo relación coital-embarazo) se ha ganado sujetando y mutilando al cuerpo femenino.

⁴ En los medios urbanos, rurales y en las poblaciones indígenas, se siguen presentando altas frecuencias de embarazos y matrimonios precipitados entre los adolescentes, debido a que no se ha logrado incorporar plenamente una cultura de la planificación familiar a través de métodos anticonceptivos, además de conservar una fuerte carga de culpabilidad y de incertidumbre frente al ejercicio de la sexualidad (Román, 2000).

mucho de los discursos convencionales en torno al mundo familiar. Tal parece que las repercusiones socioeconómicas que implicará la manutención de un primer o subsecuente hijo/a cobran una mayor presencia en la identidad de ambos géneros. Esta condición, desde luego, quiebra el romanticismo con el que solemos hablar del tema familiar y la filigrana que significan los hijos, la paternidad y/o la maternidad.

Dejando un poco de lado este aspecto de la fundación de la pareja en los medios urbanos, también debemos reconocer que en muchos países de mundo⁵ y en América Latina los índices de divorcialidad y de separación⁶ han empezado a florecer de manera más pronunciada a partir de la segunda mitad de la década de los 80. Este indicador parece tejido con variables como el acceso a mayores niveles educativos por parte de las mujeres; la incursión laboral del sector femenino (con la consecuente autonomía económica); la revisión y actualización del marco jurídico en aspectos como la violencia intrafamiliar y la violencia hacia las mujeres y, también ha jugado su propio papel, una incipiente pero sostenida tolerancia social hacia nuevas formas de construir, mantener y recomponer sistemas familiares con distintas estructuras y estados de conyugalidad.

De esta manera, el siglo que acaba de pasar, nos ha dejado un nuevo perfil de familias: monoparentales de cabeza femenina (ONU, 1995), recompuestas, monoparentales de cabeza masculina, ampliadas, nucleares y, en varios países, empiezan a tener un claro protagonismo las estructuras familiares basadas en

⁵ Dejo de lado tipos, estructuras y trayectorias familiares que se describen en algunas regiones de Asia, África y una buena parte de Medio Oriente, en tanto que, como lo señala Anthony Giddens "los sistemas familiares tradicionales que implican familias extensas, clanes y poligamia se han alterado poco" (Giddens, 1991: 422).

⁶ Empleo los dos términos: divorcio y separación, debido a que la mayor parte de las estadísticas sólo registran al primero, en tanto se trata de un proceso jurídico concluido que consume tiempo, recursos económicos y considerable desgaste; aspectos que no siempre está dispuesta a encarar la pareja implicada. Respecto al segundo, se reconoce que existe un subregistro debido a que muchas parejas que viven separadas suelen expresar que aun forman una estructural conyugal nuclear, como un recurso de esperanza por la reconciliación y, como un control social que lleva a ocultar la condición de conyugalidad social (Langellier y Peterson, 1997).

parejas de homosexuales y lesbianas. Recientemente en México, justo el 14 de febrero, día en el que se festeja la Amistad y el Amor (*heterosexual*), varias parejas de homosexuales y lesbianas se dieron cita en la Alameda de la Ciudad de México, para celebrar la unión "oficial" entre parejas del mismo sexo. Asimismo, Angelika Baldow y Gudrun Pannier, dos mujeres lesbianas que eran pareja desde el año 1997, constituyeron el primer matrimonio legal en Berlín, Alemania, tras la aprobación de la nueva ley sobre uniones civiles para parejas del mismo sexo (Reforma, 2001).

Este nuevo margen de tolerancia hacia estructuras y tipos de familia distintos, si bien ha generado en algunos sectores de las sociedades reacciones enconadas, desde otra perspectiva contribuyen a la edificación de un debate más amplio en torno a las identidades de género, sobre todo cuando se ensancha la posibilidad, a través de la inseminación artificial, de que una pareja de lesbianas u homosexuales puedan "concebir" descendencia pero en un nueva atmósfera familiar. Al respecto, es importante aludir a la propuesta "utópica" de Kate Soper, en el sentido de que quizá empieza a dibujarse poco a poco un futuro "polisexual" que no necesariamente ha de estar encajonado en la dicotomía género masculino o género femenino, sino en una serie de valles y montañas que dibujen múltiples géneros en el que sólo existan cuerpos y placeres (Soper, 1992).

Este último factor, ha dejado al descubierto desde hace poco más de dos décadas que no basta un salario para sostener a la familia, aún reducida a tres o cuatro integrantes. En otras palabras, a pesar de ser pocos los integrantes de los sistemas familiares modernos, cuatro manos adultas han tenido que salir a trabajar para intentar tener acceso a bienes y servicios básicos que provean de niveles de calidad de vida aceptables.

Y justamente esta otra condición es la que ha contribuido también a replantear las identidades de género. En la medida en que la periferia del padre ya se amalgama con una semiperiferia de la madre, ello ha generado que se reconfiguren en algunos estratos socioeconómicos y educativos —no sin tensiones y acomodos— nuevas interacciones y responsabilidades en el ámbito familiar, mismas que se ven cristalizadas, en parte, en las rutinas que encaran hombres y mujeres en las casas que les cobijan.

En otro ángulo de la vida de las familias, poco sabemos sobre el saldo que nos legará el hecho de haber tomado como propia la bandera: “Pocos hijos para darles mucho”, como rezaba un eslogan que se posicionó hace unas décadas en gran parte del territorio mexicano. Lo que por ahora sabemos es que la población, en la mayor parte de los países de América Latina, empieza a envejecer y que habrá un gran tramo intergeneracional que no estará en capacidad de sostener —económica y productivamente hablando— a la creciente población de viejos (Gomes, 1997). Para algunos demógrafos y politólogos, una alternativa será la estimulación de la inmigración a los países que están mostrando bajos o nulos índices de fecundidad como es el caso de la unificada Alemania, Dinamarca, Italia, Grecia, España y Portugal, entre los más destacados (Castells, 1999). Con estos flujos migratorios, nuevas pautas culturales o interculturales se trazarán en el mundo de las familias y, por ende, en la reconstrucción o nuevas ediciones de la identidad familiar.

Perspectiva de género

Siguiendo a Mabel Murin y e Irene Meler, el género, como categoría “es siempre relacional, nunca aparece de forma aislada sino marcando su conexión (...) [y] se trata de una construcción histórico-social, [es decir] que se fue produciendo a lo largo del tiempo de distintas maneras” (Murin y Meler, 1998: 20-21). Es una conceptualización que ha sido ampliamente compartida por otras/os autora/ses (Riquer, 1993; Scott, 1996; Lamas, 1996; Ravelo, 1996) quienes han impulsado fuertemente el redimensionamiento de esta perspectiva, a fin de dejar atrás la vieja concepción de que dichos estudios tratan sobre la mujer y/o versan exclusivamente sobre la subordinación de la mujer ante el masculino.

Ello nos indica que debemos trascender las visiones en las que “algo” les sucede o padecen las mujeres u hombres, con independencia de lo que ocurre en el otro género y, al margen de las condiciones socioculturales que privan en cada momento histórico. Como lo señala Florinda Riquer, “género es por una parte, un elemento constitutivo de las relaciones sociales, por otra, es una forma primaria de relación de poder (Riquer, 1993:9).

No obstante, como nos hace pensar Matthew Gutmann, el género, tanto masculino como femenino, representa una

abstracción pues existe una amplia gama de masculinidades y de femineidades (Gutmann, 1996), no sólo articuladas por factores culturales sino, aun compartiendo una serie de coordenadas comunes, emergen varias identidades como resultado de una distinta penetración y significación de grandes procesos como el desarrollo y acceso a la educación, la participación en el empleo, las políticas de planificación familiar, la migración y, agregaría, el papel que juegan los medios de comunicación en esas amalgamas de identidades que —no sin tensiones y reacomodos— entretejen las formas en que se articula la vida cotidiana de las personas y de las familias.

La casa, un espacio de poder

El territorio en el que finca su hábitat cotidiano la familia ha pasado por muchas etapas. El tamaño de las casas, la distribución y función de los espacios interiores así como el equipamiento doméstico ha descrito una gran variedad de perfiles a lo largo de su historia como espacio que alberga a las familias (Rybczynski, 1989). Desde luego, tanto las transformaciones tecnológicas para la construcción de los inmuebles como el desarrollo de las sociedades y de las culturas ha trazado perfiles desiguales y, en algunos casos, existen culturas como las africanas, las afganas, iraníes y japonesas que presentan no sólo una concepción marcadamente distinta de lo que priva en el mundo occidental sino, incluso, un concepto de privacidad e intimidad muy distinto de lo que estamos acostumbrados a concebir como casas-habitación.

Fue en el siglo XVII cuando las casas empezaron a disponer de habitaciones a las cuales algunos de sus moradores podían retirarse de la mirada del público. Justamente, se les llamó habitaciones privadas (Rybczynski, 1989). Por ello, como lo señala Soledad Murillo, justo en el siglo al aludo, se asiste “al mudo acontecimiento de la privacidad, que consiste en plegarse sobre uno mismo y disfrutar del privilegio de la reserva” (Murillo, 1996: XV).

Sin embargo, la casa, como territorio en el que se funda y recrea la vida familiar no representa ni práctica ni simbólicamente lo mismo para las mujeres que para los hombres. Mientras para las primeras constituye un espacio de actividades rutinarias que les demanda esfuerzo, trabajo y el compromiso de su tiempo y de sus cuerpos para atender a los demás, para los masculinos, ese

mismo espacio parece conferirles la oportunidad del repliegue, de la reposición de fuerzas e incluso del cultivo de actividades que redunden en un mejor desarrollo de sus habilidades intelectuales (Murillo, 1996).

Es aquí donde se funda la óptica desde la que me aproximo a mirar el mundo de las casas de las familias investigadas; como un espacio en el que se reproduce, amalgama y modifica la división sexual del trabajo. Para las mujeres, la dimensión doméstica de las casas, es decir, el conjunto de actividades, tareas y funciones que le exigen a los cuerpos femeninos su dedicación y atención hacia los demás; es ese tiempo que descentra el cuerpo femenino para dedicarse a cubrir y procurar las demandas de los otros (infantes, adultos masculinos, senectos y viejos), con relativo o total descuido del tiempo y atención privada e íntima para la mujer y/o para las mujeres que habitan el hogar (Murillo, 1996). Es donde el llamado "tiempo libre" de las mujeres se ve constantemente salpicado de actividades domésticas, yuxtapuestas a otra serie de "distracciones" como mirar una telenovela o escuchar la radio mientras se plancha la ropa, se lavan los trastos o se piensa en los víveres que se requerirán horas más tarde o por la mañana, a fin de que el resto de la familia pueda continuar la vida.

En contraste, ese mismo espacio de residencia, en el caso del masculino, asume otra dimensión; emerge como microlugar(es) de repliegue para encontrarse consigo mismo, para ocuparse de sí en tanto alejado de las responsabilidades de la actividad pública —del trabajo como parte estructural de la mundialización-globalización, como diría Alicia Lindon (1997)—. Se trata, desde la condición masculina, de un escenario en el que se descansa e incluso hay espacio y condiciones para actividades recreativas o formativas que contribuyen tanto al mejoramiento de la autoestima como al desarrollo de conocimientos y habilidades renovadas. Incluso, si de ver televisión se trata o de leer el diario, el masculino, por su construcción de género, podrá sustraerse de toda demanda doméstica pues hay una o más mujeres (cónyuge, madre, hermanas o hijas) que se ocuparán de tales peticiones, pues han sido formadas socioculturalmente para exteriorizarse hacia los demás, olvidándose de sus propios afanes y preferencias.

Metodología

Desde el año 1995 inicié un proceso de adaptación de la contribución sistémica familiar⁷ que, al entretejerla con algunas aportaciones venidas de la antropología histórica (Segalen, 1992); la demografía (López e Izazola, 1994; López, 1996) y las recientes ópticas que ofrecen los estudios de género (Durán, 1988; Badinter, 1992; Lagarde, 1993; Murillo, 1996 y Lamas, 1996), han resultado de utilidad para orientar y potenciar su aplicación a la interacción entre familia y los medios de comunicación.

En atención a que aceptamos que sobre el mundo familiar gravita no sólo una narrativa controlada socialmente (Langellier y Peterson, 1997) sino que además representa un mundo privado e íntimo, optamos por el empleo de técnicas de acercamiento como el informante clave⁸, las entrevistas en profundidad, levantamiento de narrativas sistémicas, el despliegue de una documentación en extenso y un proceso de articulación de datos e indicadores que nos ayudara a una mejor comprensión de las atmósferas familiares, así como al análisis de lo que sucede en éstas, de cara a la interacción poligonal con los medios de comunicación que se encuentran territorializados en el hogar.

Con esta base se enfilaron los esfuerzos para documentar un total de 22 sistemas familiares, de los cuales se eligieron solamente nueve para los efectos de este reporte de investigación. En el futuro, se planea la generación de un reporte más amplio. La decisión en torno a incluir los nueve casos reportados, estuvo sobre la base de contar con estructuras y dinámicas claramente diferenciadas entre sí, pero manteniendo el mismo nivel socioeconómico (clase media), a fin de reducir su influencia. Enseguida se presentan los principales hallazgos.

⁷ Particularmente la gran arteria generada por el grupo de Milán, entre los que destacan: Andolfi, 1985; Campanini y Luppi, 1991; Mario Cusinato, 1992; Minuchin, 1994 y Boscolo y Bertrando, 1996.

⁸ Táctica que exige contar con un plan de preparación y de "entrenamiento", a efecto de guiar el trabajo que habrá de desarrollar el informante clave dentro de su propio sistema familiar.

Estructuras familiares

La tipología de familias en México continúa siendo dominada por la estructura nuclearizada, conyugal y pretendidamente monogámica. Si bien dicho perfil se ha modificado sensiblemente en los últimos años, nos parece que ello puede guardar íntima relación con la adscripción a la religión católica que desde hace poco más de 500 años entretiene nuestra cultura.

Se puede apreciar, según cifras oficiales, que en el ámbito nacional, siete de cada diez hogares familiares⁹ son de tipo nuclear y prácticamente dos están en la tipología de los ampliados. Estas cifras generales, sin embargo, deben ser leídas a la luz del porcentaje de población que está radicado en medios rurales y urbano marginales, en los que se mantiene fuertemente el rasgo de las familias ampliadas. Por otra parte, debe verse con especial atención el hecho de que las personas y/o las familias empiezan a encontrar nuevas formas de vida como lo refleja la incipiente cifra de los hogares de tipo compuesto (0.84%), es decir, se trata de hogares familiares nucleares o ampliados que incluyen una o más personas sin lazos de parentesco con el jefe del hogar. En este sentido, como lo aclara el INEGI (2001) puede haber empleados domésticos y sus familiares.

Si bien se puede constatar que aún domina la estructura de tipo nuclear en las familias mexicanas, internamente la estructura y organización ha presentado cambios notorios. La jefatura de los hogares se ha trasladado de un sexo a otro, es decir, hace poco más de tres décadas, la jefatura del hogar estaba fuertemente dominada por el sexo masculino; ahora se registra una creciente presencia de las mujeres como jefas de hogar. Es altamente probable que dicha condición guarde relación con factores como el ingreso económico, mayores niveles educativos, separaciones, divorcios y/o fallecimientos del cónyuge masculino.

Lo que a nosotros nos deja este nuevo perfil nacional en la vida de las familias, es que se entretienen nuevas condiciones de género, pues uno o más ejes que soportaban a las estructuras

⁹ Hogar familiar, de acuerdo con la definición del INEGI, se refiere al tipo de hogar en el que por lo menos uno de los integrantes tiene relación de parentesco con el jefe del hogar.

nucleares y, especialmente, a la masculinidad (Badinter, 1993) se han movido de lugar para plantear otros desafíos. Al mismo tiempo, las nuevas generaciones de hombres y mujeres están ante un panorama en el que se ha desdibujado (no sin tensiones) la figura masculina como único proveedor económico del hogar; ahora las mujeres no sólo timonean o comparten la economía doméstica sino que ello ha replanteado las pautas de interacción entre uno y otro sexo, amén de un marco de nuevas relaciones frente a los hijos y las hijas.

Como se ha señalado, para este reporte fueron seleccionadas un total de nueve sistemas claramente diferenciados, con relativa independencia de las estructuras familiares estudiadas, se aprecian dos características generales. Mayoritariamente las parejas siguen siendo convencionales a la hora de fundar al sistema, en tanto el masculino ha de ser mayor en edad y la mujer menor. Por otro lado, se aprecia que esta generación de familias urbanas de clase media está claramente acentuada una estructura estrecha, como resultado de las políticas de planificación familiar, mayor acceso a niveles educativos por parte de la pareja e ingreso al mercado de trabajo por parte de las mujeres. A este respecto, sólo una de las nueve familias estudiadas mostró una estructura más amplia, pero ello se explica por la fecha de fundación de la pareja de base (1957), año en que todavía no se daba inicio a la política de planificación familiar; recuérdese que la pastilla anticonceptiva se inventa hacia 1960. En cualquier caso, las familias estudiadas correspondieron al tamaño de hogares más dominante en el país (cuatro integrantes).

Al mismo tiempo, si hacemos una lectura generacional, los hijos y las hijas han empezado a postergar la fundación de la pareja y la procreación. Algunos integrantes de las familias bordean los 25 años y se mantienen en casa; condición que seguramente está reconfigurando a ambos géneros.

Paralelamente, si bien prevalecen los estados de conyugalidad definidos por la condición de matrimonio civil y religioso, empieza a crecer la tendencia hacia otras formas; aspecto que nos permite confirmar que las uniones de las parejas que fundan familias no necesariamente permanecerán unidas a lo largo de toda su trayectoria. En estos sistemas familiares de clase media, pudimos apreciar que no sólo se fundan mediante la unión consensual (libre), incluso como una medida de ensayo para explorar las posibilidades de vida y concordia que puede trazar tanto la pareja

como todo el sistema. También se registra que el sistema conyugal nuclear no necesariamente se reproduce de manera mecánica con todos los vástagos, pues hay quienes exploran otras estructuras familiares, incluso bajo el cobijo y apoyo de estructuras convencionales.

Las casas, más allá de los medios

A la par de lo que ha sucedido con la televisión, desde la década de los 80, en México, se vivió un despunte de lo que entonces se denominaba nuevas tecnologías. Incursionó la videogradora, en su formato Beta; poco a poco fueron llegando a los hogares de las familias los primeros videojuegos y, años más tarde, la microcomputadora y los teléfonos celulares. Hoy, el perfil que muestran muchas casas de las familias mexicanas se ha modificado sensiblemente. Baste revisar con detalle las cifras que ofrece el XII Censo General de Población y Vivienda, prácticamente nueve viviendas de cada diez, contaban con televisor; ocho disponían de radio o radiogradora y cuatro habían adquirido servicio telefónico. Si bien la microcomputadora refleja 9% de las viviendas, no debe dejar de considerarse que muchos jóvenes —primordiales usuarios de esta tecnología— han resuelto la falta de computadora a través del sistema escolar y apoyándose en los servicios privados que ofrecen los denominados ciber-cafés.

Hoy, los territorios privados y domésticos de las casas poseen nuevas tecnologías que resignifican la función de los espacios. Ámbitos como la alcoba, se han tornado públicos como resultado de la incursión de los medios electrónicos. La alcoba conyugal, por ejemplo, ya es otra cosa; no sólo espacio para dormir, hacer el amor y tener un ámbito individualizado, sino que ahora está provisto de una pantalla chica, de música que engancha con el acontecer del entorno; es como si no fuésemos capaces de tolerar la ausencia del mundo externo, para conciliar nuestro mundo interior.

Desde luego, en algunos sistemas familiares el televisor no ha dejado de estar en la sala; incluso, bien se puede tratar de un espacio que cuenta con el mejor televisor de la familia, en el que se dispone de señales de televisión restringida. Aun así, a diferencia de lo que sucedía en las casas del siglo pasado, durante los años 70 y 80, el televisor se ha desplazado a las

alcobas y a la cocina (espacios reproductivos); ha conquistado el espacio privado e íntimo de cada subsistema familiar. Por ello, resulta difícil dar cuenta de escenas en las que la familia se reúne a ver televisión. El nuevo televidente es, desde su casa, un *homovidens* solitario.

Resulta difícil, ahora, concebir una casa que no emita sonidos mediáticos. El silencio en casa, sobre todo para los/as jóvenes, parece cada día más ausente, más inconcebible como para tolerarlo. Las casas expulsan ríos caudalosos de sonidos y mensajes mediáticos. Aún estudiando o bien para dormir, se requiere que alguien —quien sea—nos relate un cuento hiperfragmentado, licuado y semicaótico, con tal de conciliar el sueño, vía control remoto.

Con base en los casos estudiados, parece que los televisores, como artefactos videotecnológicos, han dejado de marcar diferencias entre sexos. Anteriormente, quizá el aparato de televisión tenía una pertenencia familiar, aunque no ausente de reglas de control paterno o materno para su uso individual o familiar. En la actualidad, la pantalla catódica se torna más individual, pero aun marca diferencias.

Nuevas tecnologías

En los sistemas familiares examinados, se apreció una cierta omnipresencia de los contenidos televisivos en el mundo cotidiano de los sistemas en su conjunto, aunque también empieza a cobrar relieve en los subsistemas de los y las jóvenes, la interacción con los contenidos que ofrecen las nuevas tecnologías como los sitios electrónicos, páginas web, *chat*, el correo electrónico y, desde luego, el teléfono convencional y el celular. Lo anterior, en el caso de los/as jóvenes, parece que con relativa independencia de la condición de género.

Parece que se están equipando mucho mejor las nuevas generaciones y no necesariamente es un asunto que pueda ser explicado desde las diferencias de género; en tanto se observaron sistemas compuestos por mujeres (hijas) con alto equipamiento (televisor, estéreo, audífonos, grabadoras), en contraparte con sus padres que sólo disponen de un televisor.

El equipamiento de electrodomésticos da cuenta de los movimientos de globalización que han generado, en el mundo de

la electrónica y de las telecomunicaciones en general, las megafusiones de las empresas para tratar de conquistar el mercado de los espacios íntimos. Sin embargo, las nuevas tecnologías pueden ser, más que un asunto de género, una cuestión de estrategias mercadológicas en las que se describen dos movimientos. Por un lado, una amplia estrategia para ampliar y posicionar en el mercado (siempre a bajo costo relativo) el abanico de oportunidades para adquirir las nuevas tecnologías y, con ello, anunciar una mejor resolución de la vida cotidiana o de los requerimientos laborales u ocupacionales. Por otro, hacer entrar, en el menor tiempo posible, nuevos productos que colocan en obsolescencia a los aparatos precedentes (Cockburn, 1996). Ante ello, los subsistemas familiares más jóvenes suelen responder de una manera más rápida que los adultos o los viejos y se apropian de las nuevas propuestas, hasta hacerlas incursionar en el espacio de los hogares.

Género y familias

La familia, independientemente del tipo de estructura, se abre para atender las necesidades de otros sistemas intrafamiliares, en tanto que son las mujeres las que están atentas a las peticiones y necesidades de sus familiares; con ello se ve aumentada la ritmicidad de algunas mujeres, en contraste con lo que sucede con los masculinos, quienes presentan una mayor periferia respecto a las necesidades que emergen en sus propias familias precedentes.

Para el caso de las familias estudiadas, se observó que cuando los sistemas familiares presentan perfiles en los que sus actividades y ocupaciones les implican alta ritmicidad (actividades reproductivas, productivos o formativas y de tiempo libre extrafamiliar), se van desmembrando y desapareciendo las escenas de convivencia colectiva en el mundo privado de los hogares. Quizá debemos empezar a mirar y a concebir de otro modo la forma en que discurre la vida de las familias urbanas.

Al estudiar las rutinas de mujeres y hombres se registró que las primeras, a pesar de trabajar (tener empleo) como sus parejas – mismo número de horas-- no escapan a la participación en la labor doméstica, amen de ocuparse de sí mismas y de los demás. Las mujeres que tienen acceso a mayores niveles educativos, se “liberan” de actividades reproductivas pero transfieren el trabajo

doméstico a otras mujeres, como una forma tosca de liberación. En este sentido, hace falta mucho camino por andar para impulsar de manera decidida un replanteamiento acerca de la atención y desahogo de los quehaceres domésticos, pues hasta ahora, aún en casos de masculinos "modernos" ambos géneros planteamos el discurso de la "ayuda" doméstica, en demérito de una posición compartida de responsabilidades. Y también, sobre este eje los medios de comunicación, a través de sus contenidos y de la publicidad, constituyen referentes ideológicos que recrean la desigualdad y la inequidad.

Por otro ángulo, cuando la hija se convierte en madre y tiene condiciones de apoyo interfamiliar para continuar estudiando, hace también labores domésticas (aunque en menor proporción que su madre, por ejemplo), pero se aglutina con el apoyo recibido por otra mujer, como resultado del repliegue de su cónyuge para tomar parte en las nuevas responsabilidades.

Algunas mujeres jóvenes se ven descargadas de actividades reproductivas. Ello se acepta, a cambio de que el mayor tiempo se dedique a las actividades formativas como estudiar, realizar tareas escolares y/o trabajar en el espacio público. Pero son otras mujeres del sistema familiar las que se harán cargo de dar cumplimiento a sus tareas domésticas. Difícilmente tomará el timón un masculino.

Durante su tiempo libre, los hombres muestran mayores vínculos con los contenidos mediáticos pues cuentan con mejores condiciones de género para sustraerse casi exclusivamente en esta actividad. Ello se debe a que las prácticas de recepción mediática ocurre en el escenario de la casa: donde se trata de un espacio para el trabajo de las mujeres. Desde luego, también las mujeres se vincularán a los medios de comunicación, pero no lo podrán llevar a cabo de manera absorta pues las demandas de los demás se ven entreteljadas con su vinculación mediática, es decir, en palabras de Marcela Lagarde, se cumple el imperativo de la madreposa (Lagarde, 1993).

En contrapartida, el masculino puede atender las cambiantes peticiones de trabajo (empleo), incluso de turnos y jornadas distintas: ora por la mañana , ora por la tarde o por la noche, debido a la periferia que le caracteriza en tanto masculino. Pero ello se puede comprender en la medida en que su participación doméstica es absorbida por la/s mujer/es.

Al llegar a casa, el masculino descansará por su condición de género y por la relación diádica que establece con las mujeres; pero también lo hará porque no sabe gran cosa sobre ese micromundo en el que habita; porque no tiene pericia, saberes ni habilidades para hacerse cargo —por entero— de tareas domésticas. Teme, quizá, ser tachado de no masculino, de mandilón, como se dice en México a quienes desarrollan conocimientos, habilidades y a quienes encaran frontalmente tareas enclaustradas tramposamente en el mundo de las mujeres.

Sin embargo, cuando el cuerpo y los imperativos de masculinidad llevan a los hombres a redimensionar su identidad como resultado del paulatino desmoronamiento de sus fuerzas físicas y de su repliegue del mundo público, parece que se otorga la oportunidad —aunque un poco tarde— de incursionar, en calidad de aprendiz y/o de ayudante, en el micromundo de las interminables labores domésticas. Mas si el hombre se ve cobijado por un subsistema femenino, puede desaparecer abruptamente su actividad reproductiva, con lo que la desigualdad de acentúa.

Algunos masculinos de sistemas ampliados (sobre todo los abuelos y padres) pueden hacerse cargo, espasmódicamente, del cuidado de los pequeños; pero sólo como una suerte de entretenimiento marginal, en tanto no les implica la atención prolongada sino el “entretenimiento”. Más aun, este tipo de “ayudas” en el cuidado de los vástagos puede ser considerado como un nuevo perfil que marca los primeros matices de una masculinidad que en el pasado no se hacía cargo ni de estos apoyos secundarios. Este rasgo es el que hoy está reconfigurando la nueva identidad paterna. Pero también se torna en una característica que puede incursionar en los cuerpos masculinos de mayor edad, cuando su función de parentesco se mueve hacia la condición de abuelo.

Al analizar las rutinas durante los fines de semana, se observó que la ritmicidad de todo el sistema familiar disminuye razonablemente, pero el mayor descanso lo logran los masculinos. Adicionalmente, la práctica deportiva parece más notoria en los masculinos que en las mujeres.

Cuando se estudiaron con mayor detalle las rutinas que trazaron los integrantes de una estructura familiar monoparental de cabeza femenina, en la que desaparece la pareja masculina, cobran mayor relieve las actividades de tiempo libre en la cónyuge y me parece que ello contribuye fuertemente al replanteamiento de la identidad de género, no sin las fuertes presiones socioculturales que implica dar vida y sentido a este tipo de sistema, de cara al esquema conyugal nuclear que todavía predomina en gran parte de los países.

A manera de cierre

Las familias mediáticas de clase media han apostado a estructuras más estrechas y trazan un curso de vida que posterga y escalona la descendencia. A la par, para proveer a los vástagos de más "calidad de vida", más manos adultas han tenido que salir a conseguir empleo, mientras las empresas mediáticas acompañan las soledades de los infantes y nutren a los y las jóvenes con nuevos discursos que edifican nuevas identidades y sensibilidades inéditas.

Desde las clases medias y altas, parece que se fragua una nueva y acaso acelerada construcción del género, en el que las mujeres y hombres entrarán en nuevos desafíos, pues emergen rostros que trazan los principales rasgos de lo que ahora es femenino y masculino. Nos parece que el género, como ámbito relacional, está planteando nuevas brechas e identidades por resolver. Desde luego, los discursos sobre masculinidad y feminidad se están escribiendo *con otras tintas y con colores diferentes, pero* conviven y acaso se nutren de los textos que perduran desde la narrativa familiar, así como desde los discursos mediáticos.

Los espacios íntimos y domésticos drenan, a cada minuto, voces e imágenes que se ocupan, afanosamente y parece que con éxito, de vincular nuestros quehaceres y nuestras tensiones con la agenda que proponen los medios; con su contenidos y con la publicidad que salta por todos los rincones. Cada día estamos más cerca de esta nueva cultura mediática y cada vez, más lejos del otro que habita en el mismo espacio, en la misma casa, en la misma familia mediática.

Bibliografía

Acosta Avendaño, Wendy Magali y López Gómez, Luis Fernando, Familias y radio, una aproximación casi imperceptible. México: UAEM/Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública. [Tesis de Licenciatura]. 2000.

Andolfi, Mauricio, Terapia familiar. México: Paidós. 1985.

Badinter, Elisabeth, XY. La identidad masculina. España: Alianza editorial. 1993.

Boscolo, Luigi y Bertrando, Paolo, Los tiempos del tiempo. Una perspectiva para la consulta y la terapia sistémicas. Barcelona: Paidós. 1996.

Campanini, Annamaria y Luppi, Francesco, Servicio social y modelo sistémico. Una perspectiva para la práctica cotidiana. España: Paidós. 1991.

Castells, Manuel, La era de la información. Economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad Vol. II. México: Siglo XXI. 1999.

CEPAL, Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe. Chile: CEPAL/ONU. 1997.

Cockburn, Cynthia, "El circuito de la tecnología. Género, identidad y poder", en Silverstone y Hirsch [eds]. Los efectos de la nueva comunicación. El consumo de la nueva tecnología en el hogar y en la familia. Barcelona: Bosch. 1996.

Cusinato, Mario, Psicología de las relaciones familiares. Barcelona: Herder. 1992.

Cheal, David, Family and the State of Theory. New York: Harvester Wheatsheaf. 1997.

Flaquer, Luís, El destino de la familia. España: Ariel. 1998.

García Díaz Martha Fabiola y Martínez López, Francisco Javier, Familias puertas adentro. Sólo quería ver qué había. México:

UAEM/Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública.
[Tesis de Licenciatura]. 2000.

Giddens, Anthony, Sociología. Madrid: Alianza Universidad-
Textos. 1991.

Gomes da Conceicao, Ma. Cristina, "El envejecimiento
poblacional y las formas de residencia en México", en Papeles de
población, nueva época, año 3, No. 14. México: UAEM, Centro de
estudios avanzados de la población. 1997.

González Montes, Soledad, Mujeres y relaciones de género en la
antropología Latinoamericana. México: El Colegio de México.
1993.

Guadarrama Rico, Luis Alfonso, "Familias y televisión: una
reconstrucción sistémica", en Revista Convergencia No. 12/13.
México: FCPyAP/Universidad Autónoma del Estado de México.
1996.

_____, "Familia y televisión, una mirada sistémica", en
Jiménez Guillén (Coord). Familia ¿Célula social?. México:
Universidad Autónoma de Tlaxcala. 1997.

_____, "Hacia una cultura audiovisual en los jóvenes", en
Esteinou, Javier (coord.) Espacios de Comunicación. No. 3.
México: Universidad Iberoamericana. 1998^a

_____, "Familia, telenovelas y futbol. Estudio de caso
desde el enfoque sistémico", en Lozano y Benassini (eds). V
Anuario de Investigación de la Comunicación. México: CONEICC.
1998^b

_____, "Masculinidad y publicidad", en Espacios Públicos
No. 3. México: Universidad Autónoma del Estado de
México/Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública.
1999.

_____, Dinámica familiar y televisión. Un estudio sistémico.
México: Universidad Autónoma del Estado de México. 2000^a.

_____, "Familia. Un espacio de tensiones para la cultura de
Paz", en Anuario CONEICC. No. VII. México: CONEICC/UAM-
Xochimilco. 2000^b.

_____, "Boceto metodológico para investigar la interacción familia y medios de comunicación", en Revista Convergencia No. 22. México: UAEM- Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública. 2000^c.

_____, "Mi hermano es un *inutilito*... Aunque Usted no lo crea", en Revista Texto Abierto No. 1. México: Universidad Iberoamericana León. 2001^a.

_____, "Sistemas de clasificación para los medios. Entre el control, la censura y la vida de las familias", en Revista Convergencia No. 27. México: UAEM. Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública. 2001^b.

Gutmann, Matthew, Reflexiones sobre aportes y dilemas de etnografías recientes acerca de la masculinidad", en Acta Sociológica No. 16. Enero-abril. México: UNAM: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. 1996.

INEGI, XII Censo General de Población y Vivienda 2000. Tabulados básicos. Tomo II. México: Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática. 2001.

Lagarde, Marcela. Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas. México: UNAM, 1990.

Lamas, Marta, "Usos dificultades y posibilidades de la categoría "género", en Marta Lamas (comp.) El género: la construcción cultural de la diferencia sexual. México: Grupo editorial Miguel Ángel Porrúa. 1996.

Langellier, Kristin y Peterson, Eric, "Las historias de la familia como estrategias de control social", en Dennis Mumby (comp.) Narrativa y control social. Perspectivas críticas. Buenos Aires: Amorrortu. 1997.

Lindon Villoria, Alicia, "El trabajo y la vida cotidiana. Un enfoque desde los espacios de vida", en Economía, sociedad y territorio. México: El Colegio Mexiquense. 1997.

López Barajas, María de la Paz y Haydea Izazola Conde, El perfil censal de los hogares y las familias en México. México: INEGI, SSA, ISS-UMAN. 1996.

López Barajas, María de la Paz, "Familia y política pública", en La Familia: Investigación y Política Pública. México: UNICEF/DIF/El Colegio de México. 1996.

Minuchin, Salvador, Familias y terapia familiar. Barcelona: Gedisa. 1994.

Murillo, Soledad, El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio. España: Siglo XXI. 1996.

Murin, Mabel y Meler, Irene, Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad. Argentina: Paidós. 1998.

ONU, Situación de la mujer en el mundo, 1995. Tendencias y estadísticas. Nueva York: Organización de las Naciones Unidas. 1995.

Ravelo Blancas, Patricia, "En busca de nuevos paradigmas: algunas reflexiones en torno a la categoría de género", en Acta Sociológica No. 16, enero-abril. México: UNAM-Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. 1996.

Reforma, "Entra en vigor norma alemana para bodas gay", en Reforma, Jueves 2 de agosto, pág. 21-A. 2001.

Ribczynski, Witold, La casa. Historia de una idea. España: Nerea. 1989.

Riquer, Florinda, "De la mujer como tema al género como categoría de análisis", en Población y género. México: Consejo Nacional de Población. 1993.

Román, Rosario, Del primer vals al primer bebé. Vivencias del embarazo en la jóvenes. México: SEP/Instituto Mexicano de la Juventud. 2000.

Scott, Joan, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en Marta Lamas (Comp.) El género: La construcción cultural de la diferencia sexual. México: Grupo editorial Miguel Ángel Porrúa. 1996.

Soper, Kate, "El postmodernismo y sus malestares", en Debate feminista. No. 5. México: Debate feminista. 1992.

Steinglass, Peter, La familia alcohólica. España: Gedisa. 1993.

Vilchis Esquivel, Patricia, Estructuras familiares y televisión. Una aproximación sistémica. México: UAEM/Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública. [Tesis de Licenciatura]. 1998.